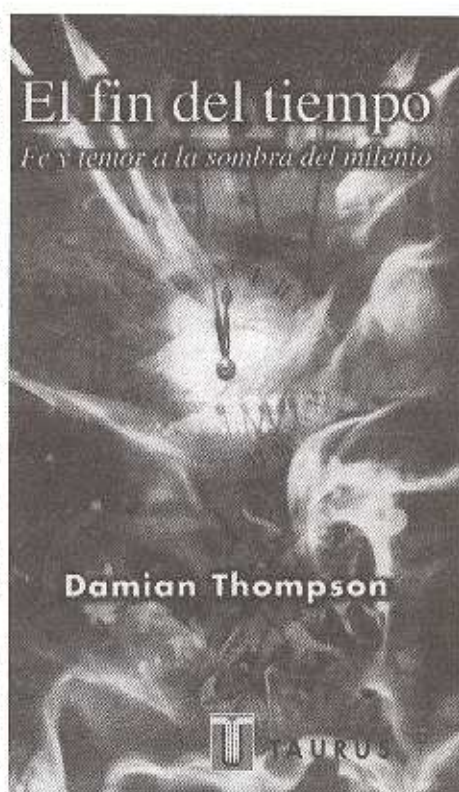


El fin del tiempo. Fe y temor a la sombra del milenio¹

Damian Thompson

D. Thompson, escritor, ex corresponsal de asuntos religiosos del *Daily Telegraph* y colaborador de *The Catholic Herald*, además de otros importantes medios de difusión, se inspira en el conocimiento empírico de las actitudes milenaristas de diversos grupos sociales para la realización de esta obra. Ella es apoyada, además, en estudios de reconocidos expertos en la materia —como los de Stephen O'Leary, Richard Landes, Norman Cohn, por citar algunos—, y a la vez en una extensa bibliografía histórico-teórica; en entrevistas, informes, y anécdotas de índole sobrenatural.

El autor investiga, narra y analiza tantas teorías como le fue posible para examinar el pensamiento apocalíptico, que luego explica de forma semejante a una novela histórica. Cita las doctrinas y movimientos apocalípticos del pasado, que son el común denominador del presente, las cuales se presentan entre grupos de fundamentalistas modernos. Señala también, una teoría centrada en los desastres naturales, económicos y sociales, que son las únicas manifestaciones, lo bastante desorientadoras como para producir el fenómeno milenarista. Entre esas teorías destaca la de N. Cohn, que sugiere que tanto el marxismo como el nazismo representan formas de milenarismo laico, con una amplia acepta-



¹ Damian Thompson, *El fin del tiempo. Fe y temor a la sombra del milenio*, trad. de Jordi Fibla, Madrid, Taurus, 1998. 427 p. (Col. Pensamiento). Publicado originalmente en 1996 como *The End of Time. Faith and Fear in the Shadow of the Millennium*.

ción. El milenarismo tiene sus raíces en las visiones mesiánicas del judaísmo profético y lo creen muchas personas que viven aguardando a diario el amanecer del "Milenio" (p. 10).

La aproximación del aniversario del segundo milenio cristiano, ha provocado el desarrollo de una variedad de "corrientes de renovación e inquietud". Cristianos fundamentalistas, renacidos, evangelistas, testigos de Jehová, entre otros grupos, revelan una conducta fanática, por la inquietante sensación de la "llegada del fin". Entre ellos persiste una creencia apocalíptica, que promueve los fenómenos de cultos y sectas que surgen en torno a dicha visión (pp.10-17).

Asombrado por esa persistencia Thompson se pregunta: ¿qué tiene la llegada del año 2000 que impulsa a millones de personas en dirección de la creencia apocalíptica? ¿por qué los cristianos perfectamente enterados de que Cristo no nació en el año 1 de nuestra era, conceden tanta importancia al cambio de calendario? y lo más extraño, ¿por qué la perspectiva de un nuevo milenio habría de acelerar el pulso a millones de personas que no son cristianas?

Para contestar a tales interrogantes, el autor hace un examen de los cambios más profundos que se han dado en los últimos diez años en el mundo. Investiga a fondo las raíces arcaicas del pensamiento apocalíptico de las grandes civilizaciones y las compara con las actitudes milenaristas de este siglo.

Su obra se compone de 13 capítulos, divididos en dos partes. En la primera, llamada Breve historia de la llegada del fin, describe: Las raíces del Apocalipsis, El misterio del año 1000, Lin pos del milenio, Una nueva Jerusalén, El fin de siècle y El siglo apocalíptico. En la segunda parte, titulada El nuevo milenio, incluye, Venga a nosotros tu Reino, El gran jubileo, Una nueva era, Señal la ciudad apocalíptica, La perdición se aproxima al País del Sol Naciente, Waco y las guerras culturales, y ¿El fin del tiempo? La primera parte abarca desde las antiguas civilizaciones de Oriente y Occidente, hasta la Segunda Guerra Mundial; la segunda, trata sobre los movimientos milenaristas más significativos posteriores a esa guerra y hasta la fecha.

El texto inicia con el rescate de las primitivas concepciones de los ciclos históricos y del tiempo, donde se manejan los modelos del pensamiento apocalíptico, que suponen el origen de los sistemas occidentales de datación.

Thompson estudia la antigua filosofía apocalíptica de sacerdotes, papas, monjes, filósofos, profetas, cronistas y astrólogos, que establecían sus propias cronologías, ciclos, o periodos de la historia y sus propias ideas para revelar la naturaleza, orden y fecha de los acontecimientos que conducían al Juicio Final. Ideas fundadas, no sólo en la observación de la naturaleza, sino en los desastres individuales y colectivos; la decadencia moral y en la numerología simbólica. Muchas de esas ideas también estaban relacionadas con la lectura literal de documentos religiosos y proféticos como *La Biblia*, el Nuevo Testamento, el Libro de la Revelación o el Libro de Daniel. Así, el Apocalipsis bíblico adquirió una capa adicional de complejidad cuando los exégetas inventaban nuevos personajes e imágenes alegóricas y proféticas (p. 76).

El ensayo plantea que en ocasiones el pensamiento religioso del Oriente coincidía con el de Occidente, a pesar de su teología. Por ejemplo, los hebreos, babilonios y asirios

estaban estrechamente organizados alrededor de la observación ritual de los ciclos del sol y la luna. Eran pueblos fuertemente influidos por el concepto caldeo del Gran Año² y creían en la repetición de ciclos. Grecia, Mesopotamia y la India, dividían la historia en cuatro fases: edades de oro, plata, bronce y hierro, e incluían el sistema hindú de cuatro yugas, inspirado, seguramente, en las cuatro estaciones del año. La idea de los griegos de recobrar la edad dorada, y un regreso inminente a la primera edad, no se diferencia de la hindú y budista. Para algunas civilizaciones "esa sucesión interminable de ciclos repetidos significaba que no existía una auténtica escatología o concepto del fin", aunque para otras eran etapas de culminación (pp. 17-27). Los primeros parámetros donde se especulaba la llegada del fin, se fundamentan en una numerología simbólica y mística.

Aparece la primera cronología cristiana según la cual, el mundo había sido creado 5500 años a. C., por lo que se esperaba que el fin del mundo tuviera lugar alrededor del año 500 de nuestra era y aunque su aceptación era muy amplia, no sobrevivió para celebrar su año 6000. Poco antes de que llegara esa fecha, fue sustituida por otra cronología, que situaba la Encarnación 5200 años después de la Creación, misma que rejuvenecía al mundo en trescientos años. Richard Landes, citado por Thompson, sostiene que la Iglesia decidida a evitar las consecuencias del pánico milenario, suprimió la peligrosa cronología anterior, aunque cuando la segunda fase llegó a su año 5900, tuvo un destino idéntico. El establecimiento de la cronología *Anno Domini*³, hacia 525 d. C., fue un acontecimiento terminante en la historiografía humana, que al cabo de poco tiempo "dejó al margen" la creencia apocalíptica (p. 48-50).

Sobre la importancia del año mil, Thompson rescata teorías de un pequeño grupo de historiadores del periodo, basadas en las principales crónicas de la época, como la de Rodolfo Glaber (1030), quienes sustentan, por un lado, la idea de un año muy cargado de significaciones apocalípticas y caracterizado por los terrores ante la llegada del fin; y por el otro, un año carente de ideas apocalípticas: "un año como cualquier otro" (pp. 63, 64). En ese momento, Europa, en la antesala de la Edad Media, e impregnada de cristianismo, presenciaba una crisis escatológica de fin de milenio. La iniquidad, maldad, injusticia y la apostasía eran como la señal del fin (pp. 59-61). Entonces, las profecías constituían un marco de referencia vital para todos los estratos sociales. Surgen profecías seudónimas como el Libro de Daniel y de otros visionarios que practicaban el viejo truco de predecir hechos que ya habían sucedido alguna vez. El tema predominante era el conflicto y la yuxtaposición de terror y dicha, uno de los rasgos más importantes de la creencia apocalíptica de todos los tiempos (pp. 76, 77).

A lo largo de la Edad Media y comienzos de la era Moderna, se observa un anhelo por la aparición del Anticristo. Sin embargo se presentaban notas de optimismo que no tenían que ver precisamente con el reinado de Cristo, tras la derrota de aquél, sino con los logros venideros de la Iglesia. El polo opuesto del apocaliptismo, fue la edad dorada. Concepto que se debe casi por entero al abad Joaquín de Fiore (1135-1202), quien veía que la derrota del Anticristo abriría una nueva época de la historia. La Iglesia reformaría la sociedad

² "Que toma el movimiento del sol como modelo de la historia humana", teoría de origen judío, que dividía la historia en siete fases basadas en los siete días de la semana. *Ibid.*, pp. 30-31.

³ Sistema de fechamiento cristiano.

perfecta: la Edad del Espíritu Santo. Dicho abad analiza las correspondencias sobre la edad del tiempo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Su inspiración más célebre, era la teoría de las edades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (tres edades o estados de la Trinidad). La profecía para él era el punto esencial para la conversión espiritual del hombre, y la reforma de la iglesia una de sus preocupaciones centrales (pp. 83-86).

Entre el siglo xv y xvi el apocaliptismo seguía siendo un elemento peligrosamente inestable y aunque a los monarcas les halagaba la posibilidad de ser el "Último Emperador", no permitían que esa retórica estorbara la tarea cotidiana de gobernar. Cuando una comunidad adoptaba la idea apocalíptica, lo difícil era arrancar de raíz la sensación de que no pasaría nada en el presente o futuro, aunque hubiera humillación cuando no se cumplieran las predicciones. El ejemplo de esto es la secta de los Hermanos Apostólicos, fundada en 1260, año de la Gran decepción, que fijó sus esperanzas en el fin de siglo (pp. 90-95).

La reforma de Martín Lutero no quedó por encima de las esperanzas o temores del fin. Aunque los nuevos cristianos dejaran del lado la circunstancia amedrentadora, las compuertas de la profecía seguían abiertas; y sin que Lutero pretendiera que la expansión del protestantismo se asociara con el vuelco del orden social, ni con el cálculo de la fecha del fin, sucedieron en Alemania (c. 1525-1535) grandes tragedias y revueltas, regidas por desquiciados milenaristas, como Thomas Müntzer, un hombre obsesionado por las metáforas empapadas en sangre de la Revelación (pp. 105-107).

Luego de esto se suscitó un movimiento que impulsó el régimen anabaptista⁴ —dirigido por Jan Mattys—, a través del cual multitudes de desposeídos rechazan tanto el catolicismo como el protestantismo. Con él, la fuerza del milenarismo se expresa a una potencia más elevada, cuando las fantasías paranoicas de un líder parecen realizarse (pp. 106-108).

El vínculo entre el genocidio y la imaginación milenarista iba a ser un rasgo constante de los siglos posteriores. La Nueva Jerusalén, una generación de aspirantes a profetas, aparece como una sociedad santificada por Dios, reino milenarista que representaría la cumbre de los logros humanos. Los protestantes impulsaron el mundo hacia el fin mediante sus esfuerzos incesantes para construir una sociedad próspera y temerosa de Dios. Esta ambición empieza a surgir en el comienzo de la Florencia renacentista, pero sus posibilidades de desarrollo sólo cabrían en un ambiente no católico (pp. 109, 110).

En Inglaterra del siglo xvii, la fecha pronosticada para el drama milenarista imaginario era el ingrediente más explosivo del momento. Se produjo una erupción de milenarismo, además de que se derrumbaron las estructuras centrales de esa sociedad. Las esperanzas escatológicas estaban a la vista. Las ideas apocalípticas influyeron en el movimiento radical más notable de la época, y la prosperidad y la influencia internacional eran el signo de la condición de elegidos. Surge una notable mutación de marcos hipotéticos apocalípticos cuando las profecías bíblicas se mezclaron con la sabiduría popular, la astrología y las profecías atribuidas a Merlín, la Sibila y Nostradamus. Thompson menciona las consecuencias intelectuales de las revoluciones inglesa y norteamericana donde aún percibían elementos que señalaban interpretaciones de la filosofía joaquiniana (pp. 111-121).

4 Una serie de sectas apocalípticas disgregadas cada una con su propio profeta. *Ibid.*, p. 106.

En Norteamérica (c.1845), las mentalidades que se veían firmes al optimismo milenarista se derrumban con una sola crisis, mostrando su fragilidad. Al respecto Thompson realiza complicados razonamientos sobre las ideas apocalípticas que ponen en tela de juicio cálculos como los de W. Miller, quien se obsesionó con la escatología de Daniel y la Revelación, reveladores de la Segunda Venida de Cristo. Samuel Snow, manipulando las ideas de Miller, no sólo especuló con el año de la segunda venida, sino que hasta indicó el día concreto. Pero al no llegar éste, el autor nos habla de las grandes decepciones de finales del siglo XIX, llegando incluso al escarnio del ridículo por medio de un espectáculo mientras que los seguidores de Miller fueron víctimas de burla, como estereotipo cómico. Sin embargo, aunque se manifestara la gran decepción, aparecen otras profecías conservadoras sostenidas por J. N. Darby (pp. 122-126).

De la expresión *fin de siècle*, surgida en Francia hacia 1885, pero con sus antecedentes a partir del s. XVI, Thompson desarrolla algunas concepciones sobre el tiempo y el término de cien años. ¿Qué significaba para unos y para otros el conteo del tiempo, el paso del mismo de un contexto a otro, y la eternidad? Para responder a esta pregunta, hace un análisis de las celebraciones y significaciones de cambios de siglo, en todas las épocas y acontecimientos. El fin de siglo implicaba también, un apresuramiento por el cambio numérico (p. 130).

Acerca del Nuevo Milenio y respecto al tiempo y forma de la historia, Thompson estudia teorías sobre las ideologías de algunos políticos, escritores y científicos sociales del siglo XIX y primeras cuatro décadas del XX, que tienen rasgos apocalípticos, y distingue cómo cada una de ellas, aunque contrarias en el ámbito político, se relacionan (Marx, Hegel, Hitler, etc.). Así mismo, pone en evidencia cómo los protagonistas bélicos traen consigo el apocaliptismo (pp. 155-164).

En 1994 nace un movimiento espiritual de cristianos renacidos en una iglesia de Toronto llamada "la Bendición de Toronto", donde se producen fenómenos carismáticos en algunos creyentes que caían al suelo, refan sin poder contenerse e incluso de vez en cuando gruñían y rebuznaban como animales de granja, debido a una proyección efusiva repentina provocada por el Espíritu Santo. Las iglesias carismáticas de todo el mundo eran presas de lo que llamaban "fiebre del Espíritu Santo". Bajo experiencias presenciadas por algunos observadores (corresponsales y periodistas), el autor relata ciertos sucesos extraordinarios de ese movimiento (pp. 149-169).

Hasta antes del siglo XIV (Jubileo Papal 1299-1300) no existe antecedente de una celebración de fin de siglo como el Gran Jubileo del año 2000 (p. 132). ¿Cuáles eran las significaciones del jubileo en Europa y para la Iglesia? En Europa era la expectativa de unas oportunidades trascendentales que se dan una sola vez en la vida con el cambio de siglo. Para la Iglesia, el Jubileo significaba anclar en el año 0 del calendario cristiano, y en los diferentes indicadores del tiempo litúrgico (tablas pascales) (pp. 132, 133). Thompson hace una crítica de la bula que declara el jubileo, sobre todo de los últimos papas, y pone en tela de juicio la supuesta exclusión de ideas milenaristas y apocalípticas del catolicismo. El documento del papa Juan Pablo II, donde se describen las apariciones de la Virgen de Fátima, es uno de sus elementos de crítica (pp. 203, 220ss).

Thompson también discute uno de los marcos hipotéticos –precario de argumentos firmes–, de comienzos de la década de 1990, ideado por Paco Rabanne (gurú de la Nueva Era). Crítica y analiza posturas y planteamientos del misterioso fenómeno denominado como la Nueva Era. Cada ciclo histórico conocido entra en una nueva fase o está a punto de detenerse con un estremecimiento. ¿Estamos viviendo en los últimos días de la Kali yuga?, que para los hindúes es la última y más degenerada etapa de un ciclo recurrente, en el que la humanidad desciende lentamente de la luz a la obscuridad; o ¿estamos en el crepúsculo de lo que los griegos llamaban la Edad de Hierro?, y una nueva Edad de Oro nos hace señas; o el calendario de los antiguos mayas se está agotando, y va a interrumpirse de repente el 22 de diciembre del año 2012; o la era de Piscis tiene que dar paso a la de Acuario, en un milenio de sabiduría y luz, poco después del año 2000, tras unos trastornos terribles que tiene que sufrir la tierra, en que la humanidad no está segura. La década de 1990 está erizada de incesantes conversiones de grupos religiosos y de teorías populares que combinan la ciencia ficción, la teoría científica y la religión mística, en su mayoría bajo la influencia de la proximidad del año 2000 (p. 225). Al respecto, el autor cita una serie de teorías que surgen en torno a las especulaciones de posible vida extraterrestre, sectas suicidas, movimientos de grupos fundamentalistas y milenaristas, que a menudo son incapaces de explicar por qué esa fecha es tan importante (pp. 227ss).

El término de Nueva Era apareció a finales de 1960 en el contexto de un grupo de norteamericanos que mezclaban la “sabiduría oriental” con el ocultismo. Robert Ellwood –sociólogo citado por Thompson–, lo define como la “manifestación contemporánea de una espiritualidad occidental alternativa que se remonta cuando menos al mundo grecorromano”. Con frecuencia el apocaliptismo de la Nueva Era se manifiesta en preocupaciones colectivas (pp. 225, 228, 232).

En los últimos capítulos, el autor narra innumerables acontecimientos y movimientos espirituales masivos –desde los más sencillos, hasta los más exóticos y de las diferentes corrientes religiosas y laicas–, que han surgido en varios lugares, en el ámbito premilenarista de esta última década. Señala la existencia a partir de 1994 de grupos fundamentalistas y fanáticos que promueven movimientos masivos de fuerte contenido espiritual, y a partir de los cuales en ocasiones cometen actos inconcebibles y reprobables para la sociedad. Cita los lugares donde es más evidente la efusión por la llegada del segundo milenio y las inquietudes por la posible Segunda Venida de Cristo.

El final de cada era histórica provoca sensaciones de ansiedad en las sociedades enteras. Thompson cita ciertas conclusiones de modernos intelectuales, que estudian la presencia en el fin del tiempo. Menciona a Paul Tillich, teólogo protestante alemán (1886-1965); a Francis Fukuyama con su ensayo *El fin de la historia* (1989); a Norman Stone, profesor de historia moderna de la Universidad de Oxford; a Robert D. Kaplan con “La anarquía que viene” (1994); y a Oswal Spengler, entre otros, que tratan los estados de la humanidad hacia el fin del tiempo. Por ejemplo, P. Tillich ubica tres periodos de inquietud: la Antigüedad Clásica, el fin de la Edad Media, y el fin del mundo moderno. Menciona que el final de una era, es básicamente un periodo de cambio acelerado. La sensación de que la humanidad se aproxima al final de un año o ciclo no es exactamente lo mismo que la

creencia apocalíptica, y el contraste entre los marcos hipotéticos optimistas y pesimistas, es una de las características centrales de esa creencia (pp. 373-385).

Los cambios de ciclos y la convicción en el fin de los tiempos, reflejan sentimientos individuales de temor, esperanza y fe, que tienen sus implicaciones en la conducta y en la concepción de la naturaleza humana. Thompson termina diciendo que "Nuestro impulso de celebrar el paso del tiempo no logra ocultar un impulso todavía más profundo de huir de él (...) Es muy probable que las esperanzas y temores que acompañan al gran aniversario remitan con una notable rapidez después del acontecimiento..." (pp. 384, 385).

Las posturas y conductas extraordinarias del mundo milenarista actual, que el autor describe minuciosamente en su libro, parecen estar arraigadas a las culturas apocalípticas del pasado, y aunque las respuestas a ciertos fenómenos no pueden ser concretas y científicas, nos invitan irremediablemente a la reflexión. Lo interesante de la obra de Thompson, es que nos induce a la ágil lectura y comprensión, mediante la puntual descripción y manejo de los orígenes y significados históricos y conceptuales de la idea del fin de tiempo. Además por encima de lo delicado del tema sus aplicaciones son muy precisas, claras y amenas; aunque está saturado de información que presupone un conocimiento del lector sobre historia universal y catolicismo.

Reseña de Guillermina Rivera Moreno